



los relatos de calibre ⚡38

# DEMASIADOS MUERTOS PARA FOLGADO

© Pablo Hernández Pérez

Estaba en el despacho con los pies sobre la mesa, repasando con entusiasmo la correspondencia que acababa de recoger del buzón, pero todo era facturas y reclamaciones. Ninguna propuesta de trabajo, ninguna postal desde la Costa del Sol, ningún mensaje amoroso de Sandra, la rubia del gimnasio. El último mes había sido más o menos igual.

En ese momento la puerta se abrió de un portazo y entró un tipo con cara de aborto de feto y morfología de armario.

—¿Tú eres Folgado? —dijo siniestramente. Tendría alrededor de sesenta, pero parecía que se había pasado la mitad de ellos levantando motores de coche por deporte.

—Hasta ahora sí —dije fingiendo que seguía repasando la correspondencia, como si su impresionante porte físico no me impresionara lo más mínimo.

—Entonces es usted el hombre al que busco —comentó decididamente, y cayó sobre mí con una velocidad impropia de alguien de su tamaño. Antes de que pudiera echar mano a la Duty que guardaba en el cajón me rodeó con los brazos y me levantó en el aire. Sus brazos ejercían tal presión que no podía respirar.

—¡Eh, espere! —dije con un hilo de voz, pero no esperó. Me arrastró hasta la ventana, me hizo romper el cristal con la cabeza y me aplastó el torso contra el alfeizar. Había cuatro pisos hasta la calle. Vi mi Porsche estacionado en

batería. Un perro se estaba orinando en la rueda delantera y la señora que lo paseaba no hacía nada para evitarlo.

—He intentado razonar con usted —dijo sin soltarme—, pero como veo que es imposible va a tener que sufrir un accidente.

—¡Espere jodeeeeer! —imploré, mientras sentía cómo aflojaba sus brazos y me dejaba colgando de la fachada como un sucio calcetín—. ¡PERO QUÉ COÑO LE HE HECHO YO!

Cerré los ojos. Llegados a este punto solo me quedaba preguntarme si me pasaría la eternidad tocando el arpa o acarreando carbón a paladas, aunque la segunda opción parecía más probable.

Entonces una voz familiar ordenó: «Cecilio, leches, mételo para dentro», y acto seguido el tal Cecilio me arrojó al suelo de la habitación, donde quedé jadeando y mirando al tipo que yacía cruzado de piernas sobre una de mis sillas playeras. Tenía el aspecto de un hombre de la alta sociedad, aficionado a los desfiles de moda y experto en coñacs.

—Discúlpeme, señor Folgado, todo esto es cosa mía —explicó con una maliciosa sonrisa—. Debe saber que gozo de un gran sentido del humor. Me gusta contar chistes y gastar bromas, aunque reconozco que esta se me ha ido un poco de las manos. Supongo que sabe quién soy yo.

Me puse en pie y me sacudí los cristales rotos que habían quedado adheridos a mi pelo y ropa. Percibí que algo caliente resbalaba por mi frente y me palpé con los dedos. Era sangre, aunque no parecía un corte muy profundo y sanaría pronto, que para eso tengo buena encarnadura.

—Por supuesto —respondí, frotándome la herida con un pañuelo—, usted fue número 1 en los 40 Principales hace la tira de años y actualmente presenta el programa «En tu casa o en la mía», en el que entrevista a otros famosos. Se ha casado dos veces, la segunda con una modelo venezolana veinte años más

joven, aunque según las revistas la relación se rompió hace tiempo. En uno de los polígrafos de «Sálvame Deluxe» confesó que se había acostado con más de 1000 mujeres y que jamás había sufrido un gatillazo. —Me encajé un Lucky en un costado de la boca y añadí tranquilamente—: Usted es Bertín Osborne.

El cantante movió la cabeza en un gesto de sombría satisfacción.

—Oh, veo que está al tanto de algunas de mis proezas. Por favor, déjeme presentarle al señor La Rosa. El señor La Rosa es...

—No se moleste, señor Osborne. Conozco perfectamente a Cecilio «Mano de Piedra» La Rosa. Le vi pelear contra Taylor por el título de peso pesado del campeonato de Europa el...

—El 23 de junio de 1995 en Alicante —me interrumpió el propio La Rosa—. Acabé con Taylor en el quinto asalto con un doble en el estómago, mi golpe favorito. Puedo recordar cada golpe que he dado, se lo juro. No soy capaz de acordarme qué he comido esta tarde o el color de los calcetines que me he puesto esta mañana, pero podría narrarle mis 47 combates con pelos y señales.

—El señor La Rosa es mi asistente personal —explicó Bertín—. Conduce para mí, se ocupa de mis detractores, que por desgracia cada vez son más, y mantiene a raya a las señoras histéricas que suspiran por mis huesos.

—Todo eso me parece bien, señor Osborne —dije—. Pero lo que yo quiero saber es qué están haciendo en mi despacho.

—Oh, tengo un encargo para usted, señor Folgado. Si es que le interesa. ¿Puedo llamarle Vicente?

—No. ¿Qué clase de encargo es ese?

—Un simple intercambio. —Metió la mano en un bolsillo interior de su chaqueta y sacó un sobre abultado—. Aquí dentro hay diez mil euros en

billetes de cien. Quiero que los entregue en cierta dirección esta noche.

—¿Por qué?

—Porque alguien está tratando de chantajearme y he decidido pagar. ¿Puede usted encargarse de este asunto?

Me arrastré hasta la otra silla playera, me dejé caer en ella y prendí el Lucky mientras observaba sus mocasines claramente fabricados a mano de Aubercy y el Rolex que brillaba lustrosamente en su muñeca. Se notaba que era un hombre que podía pagar. Quizá lo suficiente como para permitirme devolver los cuatrocientos que le adeudaba a Limones por cierta partida de parchís que acabó en desastre.

—¿Qué me han de dar a mí a cambio de ese dinero?

—Una fotografía trucada —dijo Bertín suavemente—. Pero no entregue el dinero hasta que tenga la fotografía. Cuando la tenga en su poder me la trae a mí y no se la enseñe a nadie, por favor.

Negué con la cabeza.

—El chantajista puede tener mil copias de esa foto —dije—. Si paga ahora puede pedirle más en cualquier momento.

—Que pida lo que le dé la gana, a mí me da igual. Como le acabo de decir, la foto es falsa. Pero no puedo permitirme el lujo de que salga a la luz justo ahora. Estoy a punto de firmar un gran contrato de renovación con Tele 5 y una mala publicidad podría echar para atrás a los productores, sobre todo si la opinión pública me colgase el Sambenito sin pararse a pensar si la imagen es auténtica o está amañada. Desgraciadamente siempre ocurre así.

—Pero supongo que usted ha visto esa fotografía —apunté.

—Por supuesto, recibí una copia por correo.

Le di una calada al Lucky y bufé una espléndida columna de humo hacia el

techo.

—De acuerdo —dije—. Contésteme a tres preguntas y obtendrá mis servicios profesionales.

—Muy bien —asintió Bertín, juntando las manos por las yemas de los dedos y haciéndolos repiquetear suavemente entre sí—. La respuesta a su primera pregunta es quinientos ahora y la misma cantidad cuando me entregue en mano la fotografía. Ahora la segunda pregunta.

—¿Qué hay en esa fotografía?

El cantante vaciló. Tenía el rostro nublado por el azoramiento y la vergüenza.

—Una imagen mía, desnudo, con una chica joven, también desnuda.

—Una chica muy, pero que muy joven —corrigió La Rosa, que seguía allí plantado, siguiendo la negociación.

—De acuerdo —sonrió Bertín con tono algo áspero—, una chica bastante joven. Debe usted saber que he estado con chicas jóvenes otras veces, siempre con la mayoría de edad cumplida, por supuesto. Pero le aseguro que no conozco ni he visto nunca a la muchacha de esa foto. Además, ya he dicho que es falsa. Juzgue usted mismo si no me cree.

A continuación extrajo la fotografía del bolsillo de su chaqueta y me la entregó. En ella, el artista abrazaba a una niña de unos catorce o quince años en una piscina privada. Ambos estaban desnudos y miraban a la cámara. Sin embargo había algo anormal en aquella imagen. Los cuerpos estaban desproporcionados con respecto a las cabezas, lo que indicaba que Bertín Osborne tenía razón: la foto era más falsa que los dientes de mi abuela.

—De acuerdo, acepto que la foto es falsa. Ahora la tercera pregunta. ¿Alguien más tiene conocimiento de todo esto?

—Sí, Nacho Silvestre, un actor, no en sus mejores días, pero buen amigo.

Actualmente está rodando «No iba a salir y me lié», una serie sobre los excesos de la ruta del bacalao, para los estudios de televisión Galaxy. El señor Silvestre y yo comíamos juntos cuando recibí la llamada para concertar el intercambio. La foto había llegado por la mañana y se la mostré. Quedó conmocionado, fuertemente conmocionado. Sin embargo coincidió conmigo en que la imagen estaba trucada.

Sin añadir nada más me entregó un segundo sobre, que abrí rápidamente. Creo que se dio cuenta de cómo yo, embobado, miraba los quinientos. Luego cerré el sobre y lo arrojé al cajón de la mesa, dando por sentado que me hacía cargo del fregado.

—Señor Folgado, se va usted a presentar aquí —ordenó Bertín, escribiendo la dirección en una hoja de papel—. Llevará el dinero a las cuatro de esta tarde.

—Me entregó la hoja y le eché un vistazo. Era un hotelucho en el centro de la ciudad—. Llega, hace el intercambio y listo —añadió.

—Muy bien —dije, pensando que tenía tiempo de sobra para poner a punto la Duty y trincarme un par de copas antes de hacer la transacción.

Bertín se puso en pie.

—De acuerdo, he alquilado una casita en Santa Bárbara, también le he anotado la dirección. Venga a verme o llámeme si surge alguna novedad. Dicho esto, le deseo mucha suerte, señor Folgado. Quiero que sepa que lo que de verdad me gustaría es ocupar su lugar y aplastarle los morros a ese puto chantajista, pero ya no soy tan joven como la gente suele pensar.

Me estrechó su mano con vigor y luego se dirigió a la puerta seguido de La Rosa. Antes de salir, el luchador se volvió en mi dirección.

—Eh, detective —llamó.

Le miré.

—Quéquieres.

—¿De verdad me vio pelear con Taylor? —preguntó, mirándome con una sonrisa que dejaba ver sus dientes rotos.

—Vibré con ese combate —admití.

—Fui a por el estómago —dijo sonriente mientras abandonaba el despacho.

Le devolví la sonrisa. A pesar de haber estado a punto de arrojarme de cabeza por la ventana, parecía un buen tipo.

Fui al cuarto de baño, me limpié con agua la brecha de la frente y la cubrí con una tiritita. Al regresar a la mesa observé que Bertín había olvidado la fotografía del chantaje. La doblé por la mitad y me la guardé en el bolsillo trasero del pantalón. Agarré el sobre con los diez mil y me enfundé la Duty en la cinturilla. Cerré la puerta del despacho y eché la cerradura por el exterior. Le quité un poco de porquería al cristal deslustrado en el que se leía: «Vicente Folgado, detective privado», y salí en busca del Porsche.

El Hotel Turia era un edificio de cuatro alturas con vistas a una de las fachadas laterales de la estación de trenes. Había una gran puerta giratoria con un toldo verde con oscuros manchurrones. Sobre el toldo, un cartel de neón indicaba: OTEL T RIA. Descendí del Porsche y atravesé una alfombra roja desgastada por generaciones y generaciones de pisadas, y que seguramente no había sido limpiada desde el mundial del 82.

En el interior el vestíbulo estaba vacío, salvo por el recepcionista que dormitaba tras la mesa junto a un potente ventilador. Pasé junto a él tratando de no hacer mucho ruido y observé que el aparato apuntaba a su cabeza, la cual despedía hilos de sudor en todas direcciones. Traté de variar el rumbo

sobre la marcha para evitar ser duchado, pero desgraciadamente lo logré solo a medias.

Subí por las escaleras limpiándome el sudor de aquél tipo y llamé con los nudillos a la puerta cuyo número había anotado Bertín en el papel, pero no obtuve respuesta. Volví a llamar un poco más fuerte, y obtuve otro silencio. Saqué la ganzúa que siempre llevo en el bolsillo, comprobé que el pasillo estaba vacío y la introduje en la cerradura. Pero quince minutos después todavía no había logrado forzar la puerta. Estaba a punto de abrirme paso a patadas cuando se acercó una limpiadora por el pasillo canturreando «Se acabó», el éxito de María Jiménez. Entonces saqué la ganzúa de la cerradura, la volví a acercar a la puerta y fingí que se me caía. Cuando la limpiadora se hallaba a unos pocos metros le di una patadita, deslizándola por debajo de la puerta.

—¡Mierda! —exclamé, simulando que no la había visto llegar.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó la mujer, deteniendo el carrito de toallas que empujaba.

—Pues que soy un verdadero desastre —contesté con una amarga sonrisa—. Acabo de meter la llave por debajo de la puerta de una patada.

—No se preocupe, yo le abro —dijo ella, sonriendo afablemente.

Era una mujer gorda y no demasiado alta, con una papada que le colgaba de la barbillia como el escroto de una vaca. Sus gruesos dedos sacaron un juego de llaves del delantal y abrió la puerta. Rápidamente me agaché a recoger la herramienta, antes de que viera que no era la llave.

—Se lo agradezco, señora —le dije, entrando a la habitación.

—Tenga mucho cuidado —me advirtió, empujando de nuevo su carrito—. La semana pasada un granuja se coló en el hotel y se llevó una tablet y varias joyas de una de las habitaciones mientras el cliente estaba fuera.

—Gracias por el aviso, estaré atento para que no me pase a mí —contesté yo, cerrando rápidamente.

La habitación, diminuta y silenciosa, era de color marrón. Allí no había nadie. La cama estaba hecha, aunque la sábana estaba un poco arrugada y también la almohada. Miré debajo de la cama, pero no vi a nadie escondido. No había ninguna maleta, ni tampoco ropa en los cajones. Todos estaban vacíos menos uno, que contenía un periódico usado. Lo abrí y leí el caso de Juan Ruiz, un hombre que aseguraba haber visto un OVNI. También leí el caso de Andrés Merino, un hombre que aseguraba no haberse masturbado en cuarenta años. Por último leí el caso de Darío Otero, un hombre que aseguraba haberse defendido con valentía de una violación grupal.

Cerré el periódico y lo devolví al cajón. Solo quedaba mirar en el cuarto de baño.

Abrí la puerta y entré con la debida precaución, al mismo tiempo que acariciaba la Duty sujetada en la cinturilla. Había un tipo en una bañera llena de agua roja. Estaba desnudo y parecía dormir. Levanté su cabeza tirando de su pelo y vi por dónde había entrado la bala: justo por el ojo izquierdo.

Miré las baldosas que pisaba y descubrí unas huellas que se alejaban de la bañera. No eran mías, eso era seguro. Examiné la ropa del fiambre, que colgaba de una percha en la pared. En el bolsillo del pantalón encontré la cartera, un mechero y una fotografía, que era la misma que tenía en mi poder. Según el DNI el tipo se llamaba Antonio Herráez, con domicilio en Madrid. Una tarjeta profesional me reveló que curraba para Globomedia en calidad de periodista y asesor de documentales y programas de actualidad.

Me guardé la foto y devolví la cartera al pantalón. El mechero me gustaba y también me lo quedé. Entonces algo se movió detrás de mí y supe que había sido un estúpido por no mirar tras la puerta.

El golpe que recibí en la cabeza resultó tan violento que me sumergió en el reino de las sombras.

Cuando emergí a la superficie de la conciencia nuevamente, estaba tendido en el suelo. Notaba la lengua como pegamento reseco y las neuronas me chisporroteaban en la cabeza como palomitas en una sartén. Me palpé los bolsillos y descubrí que el sobre con la pasta había volado. Tampoco había rastro de la fotografía que acababa de sisarle al muerto, aunque por fortuna —comprobé— todavía conservaba la otra.

Me puse en pie, me masajeé la cabeza con dolor y consulté el reloj. Llevaba en aquella habitación menos de diez minutos, pero no pensaba quedarme allí mucho más tiempo. Si se había producido un disparo, era más que probable que alguien lo hubiera escuchado y llamado a la policía. No quería que el subinspector Alapont me pescara allí dentro con el fiambre. No me apetecía pasarme la noche en los calabozos de Jefatura a la espera de las preguntas de un juez. Probad a dormir allí una sola noche y sabréis por qué lo digo.

Me dirigí a la puerta y la entreabrí. Oí voces peligrosamente cerca. Una pareja discutía en la habitación contigua.

—¿Para qué quieres que avise al recepcionista? —dijo la mujer, y parecía como si la tuviera a mi lado—. Seguro que está durmiendo otra vez.

—Creo que el hotel debería estar informado, cielo —contestó el hombre, cuya voz sonaba como una cigüeña constipada.

—¿Por qué razón? ¡Vamos, dame una razón! Además, ya hemos avisado a la policía, ¿no?

Empecé a escuchar una sirena en la distancia.

Hora de largarse.

Atravesé el pasillo tratando de ahogar cada paso y descendí sigilosamente por las escaleras, donde me crucé con la limpiadora. Intercambiaron sonrisas y por fin alcancé el vestíbulo, donde el recepcionista seguía dormitando junto al ventilador, a pesar de que el aullido de la sirena rompía ya los tímpanos con una intensidad que recordaba a una gramola.

Al salir a la calle, tuve que hacer un esfuerzo para caminar con normalidad junto al coche patrulla que se acababa de detener frente al hotel. Abrí la puerta del Porsche, tomé asiento y eché el seguro. Después arranqué y empecé a acelerar gradualmente. A través del espejo retrovisor vi que dos maderos emergían a toda prisa del patrullero y entraban al edificio con la mano sobre sus respectivas reglamentarias de la cadera.

Giré en la siguiente esquina y atravesé Colón en dirección al viejo cauce del río Turia, sin apresurarme y manteniendo un ojo en el espejo retrovisor por si aparecían más polis. Sentía la cabeza como un balón de fútbol después de un partido. Me puse a darle vueltas al asunto, igual que un burro a una noria, pero no se me ocurrió nada que me sirviera para explicar quién se había cargado al chantajista y luego me había dejado fuera de combate y sisado la foto y los diez mil napos del intercambio.

Empujado por una corazonada, fui a los estudios Galaxy, donde esperaba encontrar a Nacho Silvestre, pero resultó que el rodaje de «No iba a salir y me lié» había terminado hacía solo media hora y no se reanudaría hasta la tarde. Sin embargo logré hablar con Marisol, una secretaria sin ningún atractivo, sobre la que proyecté brillantes destellos de luz a través de mi seductora sonrisa de dientes blancos y casi perfectos, y aunque resistió heroicamente al impulso de desnudarse allí mismo y saltar a mis brazos, al menos logré extraerle alguna información: Nacho Silvestre tenía una dirección en Campolivar y un número de teléfono. Anoté ambos en el reverso de la tarjeta

profesional de un espiritista de Torrefiel que me había contratado para asustar a un cliente furioso que había descubierto todos sus trucos, y luego regresé al Porsche.

Al menos era algo sobre lo que empezar a investigar.

Campolivar era una urbanización a tiro de piedra de la ciudad, todo muy lujoso y privado. Me sentí un poco fuera de lugar mientras conducía mi destortalado Porsche con dos agujeros de bala en la chapa de la puerta ante hombres de porte aristocrático y mujeres bañadas en Caron Poivre, el champán de los perfumes. Allí los coches eran enormes, sofisticados. Todo parecía brillante y próspero menos yo.

Mi información de Nacho Silvestre era mínima. Lo recordaba de un pequeño papel en «L’Alquería Blanca» y otro —también secundario— en «El embarcadero», serie rodada en la Albufera. Ciertamente no era una estrella. Me pregunté de dónde sacaría la pasta para permitirse vivir en un lugar como aquel.

Su casa no me dio la respuesta. Estaba construida de piedra gris, estilo renacimiento, con un montón de metros ajardinados. La puerta de la verja exterior estaba abierta. Estacioné y atravesé a pie el camino de tablas de madera que conducía hasta la casa. Entonces me paré en seco. En medio del camino, cortándome el paso, había un enorme pajarraco blanco contemplándome con brillantes ojos rojos. Creo que era un ganso y lo único que hacía era permanecer allí parado, mirándome con detenimiento, como preguntándose si sería comestible.

El miedo me ascendió por la espina dorsal. Produje saliva y la tragué para lubricar la garganta.

—Calma, pajarito —dije para ver qué ocurría—. Tranquilo. Buen chico.

No se calmó. De hecho comenzó a correr en mi dirección a gran velocidad con la cabeza adelantada, el pico abierto y emitiendo un sonido aterrador. Proferí un grito involuntario y desfilé en dirección contraria por miedo de que me arrancara los ojos a picotazos. El bicho redujo la distancia que nos separaba tan deprisa que me las vi canutas para mantener la distancia. Llegué al vehículo con aquella bestia pisándome los talones. Abrí la puerta a toda prisa y la cerré inmediatamente, salvándome por los pelos. El animal se elevó durante unos instantes batiendo las alas, con la cabeza a la misma altura que la mía. Sus ojos rojos eran ahora dos brasas ardientes y estaban ahogados de lo que me pareció sangre.

Una voz procedente del jardín ordenó:

—¡Demian, ven aquí! ¡Deja al señor!

De pronto el bicho perdió el interés y se alejó de mala gana, graznando y picoteando con furia entre la hierba. Decidí que en cuanto tuviera un ratito elaboraría una lista con mis fobias más profundas y colocaría a los gansos en los primeros puestos, solo por detrás de la víbora malaya y Paulo Coelho.

Salí del Porsche con la barbilla levantada y porte dignísimo, aunque la vergüenza me corroía por dentro. La persona que controlaba la voluntad del animal era una mujer y esperaba con los brazos cruzados junto a la puerta de la casa. Iba vestida de un modo informal, con pantaloncitos cortos de color negro y camisa blanca arremangada hasta los codos. En cuanto reconocí su rostro tuve la contestación a varias preguntas.

Aquella mujer era Elsa Romero, una modelo que veinte años atrás gozó de fama y prestigio antes de casarse con un actor de medio pelo. El actor, lo recordé de repente, era Nacho Silvestre, lo cual explicaba lo de la casa.

—¿Quién es usted? —preguntó con frialdad. Tenía el pelo de color rubio

platino, la piel tostada por el sol y era extremadamente atlética, con los bíceps marcados en las mangas recogidas de su camisa blanca. Por supuesto el tiempo no había pasado en balde y algunas arrugas surcaban ahora su rostro, pero aquellas imperfecciones la hacían más real, más deseable.

—Me llamo Vicente Folgado —me presenté—. Estoy trabajando para alguien importante en un caso delicado. Me gustaría hablar con el señor Silvestre.

—Pues lo siento mucho, pero no está en casa —dijo empezando a cerrar la puerta, pero lo evité metiendo el pie con presteza.

—¿Puedo entonces charlar con usted?

—Quite el pie de ahí ahora mismo o llamo a Demian —ordenó con irritación no disimulada.

—¿Y si le digo que la persona para la que estoy trabajando es Bertín Osborne?

Al pronunciar yo el nombre del popular presentador abrió la boca para decir algo, probablemente alguna cosa que pensaba que saldría en forma de palabras solo con separar los labios, pero no ocurrió nada. Se quedó mirándome durante tanto tiempo que me maldije por no haberme acicalado un poco más antes de salir a la calle. Luego, suspirando y soltando la puerta, dijo:

—De acuerdo, no conozco a Bertín personalmente, pero lo admiro desde hace años. Por favor, sígame. Hablaremos en el jardín, he dejado allí mi copa de vino.

La observé mientras la seguía hasta la parte trasera de la casa. Tenía un culo que daba ganas de mordérselo, y menudas piernas, por cierto. Estaba tan absorto en la contemplación de semejante bellezón que apenas pude fijarme en las habitaciones que dejábamos atrás, salvo que parecían espaciosas, elegantes y con muchas flores recién cortadas dispuestas con pericia por todos

los rincones, y que desprendían un intenso olor vegetal. Me pregunté si usaría las flores para disimular el delicioso aroma a vino que dejaba a su paso.

Al salir al jardín, agarró la copa de tinto que tenía sobre una mesa de mimbre blanco y se dejó caer en un canapé —también de mimbre— recubierto de cojines negros.

—Por favor, siéntese —dijo, señalando otro canapé idéntico, no muy lejos del suyo. Tomé asiento. En uno de los extremos del jardín distinguí una piscina de forma oval que se parecía sospechosamente a la de la fotografía que había visto en los pantalones del chantajista. Advirtiendo mi mirada, añadió—: Ahora dígame qué quiere, y no me diga que darse un chapuzón, porque no tengo ningún bañador para usted.

—Nunca uso bañador, salvo en circunstancias excepcionales —le dije—. Pero no estoy aquí para que chapoteemos en el agua, al menos de momento.

—Mejor, no me gustaría que se hiciera falsas ilusiones. ¿Qué es eso de que trabaja para Bertín Osborne?

—Por un caso de chantaje, señora Romero. Su marido, que como sabrá es amigo de Bertín, estuvo comiendo hace unos días con él cuando este recibió una llamada. Tras esta, le explicó a su marido que alguien estaba tratando de chantajearle y le mostró una fotografía que había recibido por correo. ¿No le contó su marido nada de esto?

—Mi marido se marchó de casa hace semanas, señor Folgado. La relación estaba rota desde hace mucho tiempo. He pedido a mis abogados que inicien los trámites del divorcio. Y no, Nacho no me habló de esto por la sencilla razón de que no lo veo desde el mismo día que se marchó.

Su olor corporal impregnaba el aire y lo esnifé hasta el fondo de los pulmones, saboreando toda la esencia.

—¿Cuál es la situación financiera de su marido?

—Mala, y va a ser peor cuando se tramite el divorcio. Tengo algunos amigos en los estudios donde se halla rodando una serie y lo que me ha llegado es que es un actor horrible y que van a sustituirle. Según he oído la obra es demasiado importante como para tolerar una interpretación mediocre, incluso tratándose de un personaje secundario como Nacho. Para colmo no tiene ahorros y debe un montón de dinero al banco por una noche de farra en el Cirsa. A Nacho le vuelve loco la ruleta y no tiene ningún control.

—¿Cree que Nacho podría estar detrás del chantaje a Bertín?

—Le veo capaz, pero estaba presente cuando Bertín recibió la llamada, según acaba de decirme usted.

Mientras respondía a mis preguntas deseé que su canapé se convirtiera en un colchón de agua y su ropa desapareciera, todo de repente y por arte de magia. Pero no ocurrió nada de eso, así que seguí preguntando y tratando de ver dónde encajaba ella en todo aquello.

—¿Qué sabe de un hombre llamado Antonio Herráez?

—Mmm... —respondió, rascándose la mejilla con aire pensativo—. Su nombre me es familiar, ¿no es ese periodista de la tele? —Miró su reloj de pulsera y dijo—: ¿Va a durar mucho más esta entrevista? Francamente, no creo que pueda ayudarle en nada.

—Una última pregunta, por favor —dije, buscando en el bolsillo trasero de mi pantalón y sacando la fotografía doblada—. ¿Conoce a la joven de esta imagen?

Le entregué la foto, que miró inexpresivamente durante unos instantes.

—No, nunca la he visto —respondió negando con la cabeza.

La miré, tratando de decidir si mentía. No llegué a ninguna conclusión, pero percibí que algo había cambiado. Supongo que este tipo de instintos se ven

reforzados cuando te pasas la vida observando a las personas a través del ojo de una cerradura.

—Mire, guapa —le dije en tono cortante—, creo que sabe usted más de lo que me ha contado. Me parece demasiada casualidad que Bertín Osborne, amigo de su marido, fuera chantajeado por un sujeto llamado Antonio Herráez que, casualmente, ha sido asesinado, por no mencionar que Nacho estaba al corriente del chantaje. Así que llegados a este punto solo tiene dos opciones: o me cuenta lo que sabe con pelos y señales, o espera un día o dos a que termine de averiguarlo por mi cuenta. Si escoge la opción B tenga por seguro que iré corriendo a la policía y acabará mal, por decirlo suavemente.

Su rostro adoptó el color del cemento mojado. Se levantó del canapé y me dio la espalda con la copa en una mano y la fotografía en otra. Esperé, observando cómo sorbía el vino en silencio sin quitarle ojo a la imagen. El aire olía a lilas, a rosas y a césped recién cortado. No había rastro alguno de Demian y en alguna parte se oían trabajar los aspersores. Unos treinta segundos después suspiró y se giró en mi dirección. Todavía tenía la copa en la mano, pero la fotografía había desaparecido como por arte de magia.

—Señor Folgado, Vicente, ¿verdad? —dijo, empezando a desabrocharse los botones de la camisa—. Creo que he sido un poco áspera con usted, y esa no es forma de tratar a un invitado.

—¿Tiene calor? —inquirí.

—Estoy ardiendo —contestó, y se quitó la prenda, que arrojó al suelo. Estaba pasando: Elsa Romero, la bellísima modelo que había sido portada de revistas, se estaba despelotando en mis narices, y a mí se me estaba empezando a inflamar la vena azul. Obviamente era consciente de estar siendo sobornado por aquella mujer de encantos irresistibles, pero me gustaría saber cómo habría reaccionado el lector masculino de encontrarse en mi

pellejo. Nadie mejor que un hombre entenderá por qué no puse excusas cuando me desabrochó los botones de la camisa con presteza, ni mucho menos cuando me la quitó salvajemente. Para no ser menos, yo le arranqué el sujetador y luego los pantaloncitos negros. Sus pezones apuntaban directamente a mi corazón y el vello entre sus piernas era del color de la miel y seguramente mucho más dulce.

—Por cierto, me encanta su coche descapotable —dijo.

—No es lo único descapotable que tengo —respondí yo, y caí sobre ella y se la metí hasta la empuñadura, deseoso de transmitirle el fuego que ardía en mi interior. La modelo suspiró con placer y echó la cabeza hacia atrás exponiendo su delicado cuello, con la boca abierta en un gesto gozoso y los ojos vueltos en las cuencas, como si estuviera en pleno viaje celestial.

—¡Vicente! —gimió mientras sus uñas trazaban lacerantes surcos en mi espalda.

—¡Elsa! —aullé yo mientras mis dedos manoseaban sus bíceps, sus tríceps, sus deltoides y sus pectorales, sobre todo sus pectorales.

Finalmente sentí como si las compuertas se rompieran, liberando toda la pasión contenida. Entonces ella se derrumbó sobre mi torso desnudo, cubriéndome con su cuerpo recio y atlético, chorreante de sudor. Incapaz de superar tal cúmulo de emociones y sensaciones, casi me desmayo.

Cinco minutos después, vistiéndose de nuevo, Elsa comentó:

—No sabía que los detectives privados fuesen tan buenos amantes.

—Es asignatura obligatoria para entregarnos la licencia —dije buscando los pantalones.

—¿Y qué nota sacó usted?

—Sobresaliente —contesté, tratando torpemente de introducir un pie por la

pernera.

Elsa terminó de vestirse y luego me rodeó el cuello con los brazos, besó mis mejillas y lamió el lóbulo derecho de mi oreja. A renglón seguido me agarró de la mano y me arrastró hasta la salida, donde le planté un fogoso beso en la boca sin quitarle ojo al jardín por si acaso aparecía Demian tras los arbustos.

—La próxima vez será mejor que nos veamos en su casa —dijo.

—No creo que sea de su agrado —contesté, sonriendo como un idiota.

Salí a la calle y casi dije «te quiero» cuando me despedí de ella antes de dirigirme al Porsche. Me acomodé frente al volante, metí la llave y, como si estuviera en una carrera, aceleré un par de veces para impresionarla, pero la modelo ya había desaparecido tras la verja. Entonces observé a una adolescente uniformada que llegaba a la casa con una mochila colgada del hombro. Me miró con recelo y se dirigió rápidamente hacia la puerta abierta.

Tal vez fuera solo una mala impresión mía, pero me recordaba a la niña de la fotografía.

Solté el embrague y salí disparado de allí, dejando las marcas de las ruedas en el asfalto y una estela de humo en el aire. Mientras abandonaba Campolivar telefoneé a Bertín Osborne.

—Folgado, me alegra que haya llamado, ha habido tres atentados contra mi vida —dijo cuando tomó el teléfono.

Palidecí de repente.

—¿Qué ha pasado?

—Tres señoras me reconocieron cuando caminaba por la calle, y rápidamente me rodearon y, con la excusa de que les firmase un autógrafo, comenzaron a sobarme por todos sitios. Escapé por los pelos.

—Muy gracioso, Bertín, pero yo quiero preguntarle algo: ¿conoce a un tipo llamado Antonio Herráez?

—¿Herráez? —repitió—. Por supuesto que lo conozco. Hace unos meses tuve un rifirrafe con ese mamón en televisión. Fue después de que mi nombre apareciera junto al de otros famosos en los denominados Papeles de Panamá. No voy a entrar en detalles, pero quiero que sepa que todo era perfectamente legal, yo ni siquiera vivía en el país por aquél entonces. Sin embargo el muy cabrón me tachó de mal compatriota delante de toda España, así que tuve que ponerle en su sitio. ¿Qué pasa con él?

—Era el chantajista, pero la guiñó antes del intercambio.

Escuché que Bertín reía como si yo estuviera bromeando e inmediatamente se pareció darse cuenta de que no era así.

—¿Cómo murió?

Por su tono de voz deduje que estaba realmente sorprendido, pero había conocido a muchos buenos farsantes en mi vida.

—De una intoxicación por plomo. El asesino todavía estaba allí cuando lo encontré. Me golpeó en la cabeza y me sisó la pasta. Pero sospecho que no volverá a saber nada de las fotos ni del chantaje. Creo que el asesino querrá evitar a toda cosa que esas imágenes salgan a la luz para evitar exponer a su hija.

—¿Su hija?

—Sí, señor Osborne. La niña de la fotito es hija de su amigo Silvestre. Creo que él liquidó a Herráez para protegerla, pero no puedo demostrarlo. Desde luego podría ser que su amigo se llevara las fotos para proseguir con el chantaje por cuenta propia, pero no lo creo. De una forma u otra, lo mejor será que hable con él.

—Lo que me cuenta me deja de piedra, señor Folgado. Pero coincido con usted en que lo mejor será que le interroguen para que todo se aclare cuanto antes. Suerte, detective.

Colgué el teléfono, tomé la salida de Burjasot y me dirigí de vuelta a los estudios Galaxy quemando goma y despidiendo llamaradas rojas por el tubo de escape. Me salté tres señales de STOP seguidos y dos semáforos, gracias a lo cual solo tardé 12 minutos. Podría haber tardado 8, pero tuve que dar un rodeo importante para despistar a un coche ZETA de la policía que se me había pegado al culo del Porsche igual que si me hubiese sentado encima de un chicle masticado. Estaba empezando a ponerme furioso. Estaba furioso porque había sido noqueado y robado, atacado con violencia por un animal asesino y hasta sobornado sexualmente. En realidad no estaba seguro de que esto último me pusiera furioso, pero de todas formas lo envolví todo dentro de mis tripas y lo preparé como regalo para Silvestre.

En los estudios Galaxy encontré una serie de decorados que se alineaban seguidos uno al lado del otro. Uno representaba la fachada de la mítica discoteca Chocolate, de color marrón oscuro y chorretones de nata cayendo de la parte superior, al más puro estilo del cuento de Hansel y Gretel. El otro foro parecía el interior de la misma discoteca, con las paredes pintadas de negro y sin ventanas. Un equipo de operadores filmaba a un hombre luchando a espada con un vampiro gordinflón mientras sonaba la música de *Exta sí, exta no*, el éxito de Chimo Bayo.

Me aproximé despacio, procurando quedarme fuera del ángulo de visión de las cámaras. El tipo que luchaba con el vampiro vestía pantalones apretados, un chaleco reflectante y una gorra de la antigua CCCP. Yo no sabía quién se

escondías tras la capa negra y sucia hasta que el director dijo:

—Vamos, Nacho, muévete un poco, cojones. Se supone que eres actor, y además te pagamos por ello.

—Lo que has visto es todo lo que me voy a mover por la miseria que me pagáis —respondió Silvestre visiblemente enfadado—. No pienso hacer ni una toma más.

—Joder, ¿no puedes comportarte de manera profesional por una puta vez en tu vida? —dijo el director con desazón, anunciando un descanso.

Silvestre buscó a su alrededor miradas de apoyo, pero se encontró con un montón de caras que no tenían la menor intención de ayudarle, incluida la mía. Ignorado por todos, se retiró de mala gana hasta una mesa cubierta de refrescos, cerveza y *snacks* de todo tipo. Se abrió una lata de Estrella Galicia y profirió un sonoro eructo. Tenía la cara blanca, con el rostro hinchado y pálido, y el pelo negro como el de un cuervo, peinado con raya en medio.

—Bonita escena —le dije, acercándome a él—. ¿Representa un sueño?

El actor levantó la cabeza y me miró.

—Creo que es una alucinación fruto de un ácido, pero para serle sincero reconozco que no he leído el guión —explicó, encogiendo los hombros—. ¿Quién es usted?

—Solo un detective privado que trabaja para su amigo Bertín Osborne —respondí, y a continuación le planté la licencia plastificada a un palmo del hocico. Mientras el actor la miraba, no pude dejar de sentir el *Exta sí, exta no* de los huevos martilleando mis oídos. Traté de contar cuántas veces se repetía la misma frase. Creo que llevaba contabilizadas unas quinientas cuando Silvestre dijo:

—¿Es por ese asunto del chantaje?

Ahora fui yo el que le miré. Puede que no supiera nada, pero también podía ser el tipo que liquidó a Herráez y sisó la foto del chantaje por el honor de su hija, además de la pasta que yo llevaba conmigo. Ciertamente no tenía pinta de asesino, aunque ya me había dejado engañar otras veces. Pensé que lo mejor sería enfadarlo un poquito para sacarle información, un viejo truco que rara vez fallaba.

—¿Estaba usted comiendo con el señor Bertín Osborne cuando recibió la foto del chantaje? —pregunté seriamente, taladrándolo con la mirada.

Quizá sudase debido a la pregunta, aunque también tenía que pasar calor actuando todo el día como un idiota delante de los focos.

—Así es —admitió—, pero me extraña mucho que haya venido hasta aquí solo para confirmar eso.

—Tiene usted razón, no he venido por eso, sino porque me gustaría que me contara qué hizo cuando reconoció a su hija en la fotografía.

Su cara fingió de repente un gesto de incredulidad absoluta, lo que confirmaba que era un actor péssimo.

—Mire usted, señor Folgado, no sé a dónde quiere ir a parar, pero todo lo que dice huele a telenovela barata.

—La vida casi siempre es una telenovela barata. ¿Dónde estaba usted hace unas dos horas?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Alguien liquidó a un periodista llamado Antonio Herráez en una de las habitaciones del hotel Turia. Tengo razones de peso para pensar que Herráez era el chantajista. Su muerte aconteció hace ahora unas dos horas, precisamente después de la grabación de esta mañana. Si la niña de la foto es su hija, entonces usted tendría buenas razones para querer ver muerto al

chantajista.

—Oiga, que yo no he asesinado a ese Herráez, ¿me oye? —Se hacía el ofendido y además no confesaba, así que decidí apretarle un poquito más todavía.

—No se moleste en negarlo, señor Silvestre. Usted asesinó a Antonio Herráez y le sisó la imagen de Bertín con su hija en pelotas, está clarísimo, hombre. Y por supuesto me abolló la cabeza y se quedó los diez mil del intercambio para cubrir sus deudas, por supuesto.

—¡Está usted loco, yo no he hecho nada de eso! ¡Lo niego todo!

De pronto su voz sonaba estridente. Parecía estar al borde de la histeria.

—Si está tan seguro de su inocencia... —comenté tranquilamente—, entonces no le importará que le cachee ahora mismo, y luego podemos echar un vistazo a su taquilla, a su coche y a su casa, ¿verdad, señor Silvestre...?

Eso bastó. Sin previo aviso me arreó un fuerte golpe en el riñón que me dobló de dolor. Este se transmitió en ondas hasta el cerebro y allí explosionó, cegándome unos segundos. El equipo de filmación de la serie vino hacia nosotros. Algunos miembros del equipo, incluido el director, se olieron la que se avecinaba y empezaron a animarme. Mientras, yo traté de incorporarme y recuperar el aliento. El puñetazo me había cogido desprevenido, pero no volvería a pasar. Por mis venas ya no corría sangre, sino nitroglicerina altamente concentrada.

Le hundí el puño en el tórax con una violencia brutal, igual que Van Helsing hundía su estaca en el pecho de Drácula. Silvestre se tambaleó, derribando un foco de iluminación, pero manteniendo el equilibrio como si fuera un puto tentetieso. Al sospechar la que se le venía encima echó a correr, abriéndose paso a empujones entre el equipo de rodaje hasta salir del foro.

Corré tras él. Me sacaba como unos quince metros. Giré la esquina y me

encontré con un pasillo sin salida, salvo por una puerta. La señal de «rodando» estaba encendida, pero entré igualmente. Vi a Silvestre mezclado entre un montón de extras vestidos a la moda de los años 40. Entre aquella gente, un vampiro con una sucia y negra capa destacaba tanto como un grano de pus en un anuncio de Maybelline. Me vio y se giró para correr, pero su camino estaba bloqueado por los extras. Eché a correr tras él y se precipitó directo al decorado, donde estaban rodando la escena. Rosita Amores, de portentoso tetamen y copón de coñac en mano, se hallaba en el centro de una habitación con un vestido cubierto de lentejuelas que brillaba con la luz roja de los focos. Arturo Valls, vestido con un elegante esmoquin blanco, mantenía una conversación con ella. Justo cuando Rosita le decía a Arturo «No significabas nada para mi hasta ese momento en el que no pude dispararte», Silvestre pasó como un bólido entre los dos actores, pero logré darle alcance y agarrarle de la capa. El vampiro perdió compás y se llevó a Rosita Amores por el suelo.

En alguna parte alguien dijo:

—¿Quiere que cortemos, señor director?

—¡De eso nada, seguid rodando! —se oyó la voz divertida de Jose Luis Garci.

Mientras, Silvestre trató de morderme con los colmillos. No lo consiguió y acto seguido le arrancó de la mano el copón de coñac a la actriz y me lo rompió violentamente en la cabeza, produciendo una eclosión de sangre y cristales rotos. Quedé aturdido unos segundos, tiempo que aprovechó para escapar una vez más. Entonces alguien me ayudó a levantarme.

Era Arturo Valls.

—Muchas gracias —dije, sacudiéndome los cristales de la cabeza por segunda vez en aquél día.

—No hay de qué —dijo el actor con una sarcástica sonrisa acompañada de una ceja arqueada.

Silvestre salió por otra puerta, y yo detrás de él. Empujó a un par de tipos disfrazados de piña y se metió en los vestuarios. Entré con apenas unos segundos de diferencia, en el preciso instante en que Silvestre, enfrente de una taquilla abierta, amartillaba una pistola. Di dos pasos rápidos y le arreé una patada en la mano justo cuando la orientaba en mi dirección. El arma voló por el aire, y a renglón seguido me enseñó los colmillos y me lanzó un gancho directo a la barbilla, pero retrocedí un paso, esquivé el golpe y luego mis puños atacaron su rostro blanco como un martillo hidráulico desgarrando el asfalto. Finalmente le golpeé con el canto de la mano derecha en el cuello, por debajo de la oreja. Cayó de bruces. No estaba inconsciente, pero no le quedaba energía suficiente para volver a levantarse.

Rápidamente eché un vistazo a la taquilla abierta. Había algo de ropa informal y algunas fotografías de familia. Las miré superficialmente durante algunos segundos y luego levanté una caja de zapatos y encontré el sobre con la pasta del rescate y la foto de Bertín con la niña. Era la misma que yo había tenido en las manos en la habitación de Herráez antes de que me abollasen la cabeza.

Me metí el sobre en el bolsillo. Silvestre, con la nariz ensangrentada y los dos colmillos rotos, levantó la mirada hacia mí. Yo nunca había visto a un vampiro asustado hasta aquél día.

—Sé que mataste al chantajista y te llevaste la foto para proteger a tu hija, y eso lo puedo entender —le dije—. Pero que me atacaras a traición y me sisaras la pasta sí que no te lo perdonó.

Sus ojos me buscaron implorando mi perdón, pero parecían desenfocados hacia algún lugar a mi espalda. Empecé a girarme hacia donde miraba Silvestre. Algo dentro de mí, seguramente mi instinto de supervivencia, me

hizo lanzarme contra el suelo. Creo que eso me salvó la vida. Escuché dos petardazos seguidos y luego vi al pulpo de mi infancia que me escupió la tinta cuando buceaba en la playa y me sumergí en la absoluta oscuridad. No se estaba mal allí, a pesar de lo cual emergí de nuevo a la superficie de la realidad y abrí los ojos. Pensé que había tenido suerte de que no me alcanzaran ninguno de los dos disparos, pero entonces lo noté. Era como una picadura. Me palpé la sien derecha y la mano se empapó de sangre. El tirador había ido a por ambos, pero yo era un objetivo secundario, y la bala solamente había excavado un surco en mi cuero cabelludo. Pero Silvestre no había tenido tanta suerte. Seguía tirado en el suelo, con las manos cerradas como garras, como si en el último instante hubiera pretendido agarrar la bala que finalmente segaría su vida.

—Bravo, una actuación prodigiosa —dijo una voz a mi espalda—. ¿Tiene usted representante?

Miré en dirección a la puerta y vi a un hombre maduro y bajito con cara de recién levantado.

—Todavía no —contesté pesadamente.

—Oh, bueno, da igual. Soy Jose Luis Garci. Puedo conseguirle un trabajo. Solo dos semanas, puede que tres, en Nueva York. Necesito a un actor con agallas para un papel de detective. Es una emergencia. ¿Qué me dice? Billete de avión pagado, doscientos al día, dietas aparte.

Me puse en pie con dificultad.

—Oiga, ¿de qué me habla? —contesté, y me di cuenta de que el sobre con la pasta había volado, igual que la foto y mi querida Duty.

—Ya lo ha oído —dijo el director—, quiero contratarle, le acabo de ver actuar y ha sido soberbio.

—No estábamos actuando, era una situación real.

Garcí me miró con aquellos ojillos medio cerrados, dudando.

—¿Me está queriendo decir que el tipo disfrazado de Drácula que yace en el suelo a su lado está muerto?

—Como un pollo frito —contesté, e inmediatamente después el director retrocedió dos pasos y escapó a toda prisa, como si Silvestre fuera en realidad Bela Lugosi a punto de despertar para chuparle la sangre.

Me hubiera gustado explicarle que yo no me había cargado al vampiro, pero quizás fuera mejor dejarle marchar, y ya de paso largarme también yo. Los cadáveres empezaban a amontonarse a mis pies, y este era el peor de todos. La mitad del personal que se hallaba en los estudios Galaxy me había visto peleando con Silvestre, ¡e incluso fui filmado por Jose Luis Garcí!

Pero antes de pirarme eché un último vistazo a la taquilla abierta. Estaba convencido de haber visto algo importante en las fotografías familiares, algo que había pasado por alto pero que ahora resonaba en mi cabeza como campanadas en Nochevieja. Concretamente una imagen de Nacho Silvestre, Elsa Romero, la hija de ambos y un hombre que no me era para nada desconocido. Era un retrato de familia, en un entorno natural, y todo el mundo parecía feliz.

De repente todo el caso quedó resuelto. Sabía que Silvestre había liquidado al chantajista, y ahora sabía también quién era el asesino de Silvestre.

Solo una persona podía serlo.

Detuve el Porsche delante de la dirección que tenía anotada en mi libreta, en el mismo instante en el que la puerta mecánica del garaje se cerraba tras un Kuga de color negro. Me apeé y me deslicé sigiloso como una serpiente a

través del jardín. Había una ventana abierta. Me colé por ella y entré en el salón de la casa en el preciso instante en el que el hombre que acababa de llegar entraba en escena. Vi cómo se dejaba caer pesadamente en una silla y se secaba el sudor de la frente con un pañuelo.

Era mi asesino.

—Hola, señor La Rosa —saludé suavemente.

El boxeador se sobresaltó un poco.

—¡Señor Folgado! ¿Qué está haciendo usted aquí? El señor Osborne está arriba, descansando.

—No he venido a ver a Bertín, sino a usted. ¿Cómo ha venido tan rápido?

Al decir yo aquello todos sus músculos se crisparon lo suficiente como para que me diera cuenta, pero no se vino abajo.

—¿De qué está usted hablando?

—Déjese de farsas, La Rosa. Hace apenas veinte minutos usted intentó liquidarme en los estudios Galaxy. Supe que fue usted en cuanto vi la foto familiar que estaba en la taquilla de Nacho Silvestre. Su nombre completo es Cecilio Romero La Rosa, y usted es el padre de Elsa Romero, y la niña de la foto del chantaje es su nieta. Por tanto, usted mató a su propio yerno.

Una estrecha franja de sudor apareció en su labio superior. Luego rechinó los dientes y se encogió de hombros.

—Vale, lo reconozco —dijo, escupiendo la palabra como si fuera una piedra que se le hubiera atragantado—. Pero se lo merecía, créame. ¿Sabía que cuando se hizo con la fotografía trató de chantajear a mi hija?

Le miré.

—¿Trató de qué...? Espere, empiece por el principio. Tengo una idea general

de los hechos, pero quiero conocer los detalles.

Suspiró, como si todo aquello le cansara demasiado.

—Escúcheme, Nacho mató al periodista, pero eso ya lo sabe usted. Lo que no sabe es que no lo hizo para proteger a su hija, sino para proseguir con el chantaje, esta vez a Elsa, su pareja, mi hija. Ella le había pedido el divorcio y él estaba muy resentido. También tenía deudas de juego. ¿Entiende ahora por qué lo maté y me quedé con la foto? No podía permitir que ese miserable destruyera a las dos personas que más amo en este mundo.

—Entiendo su lógica, La Rosa. Pero también me disparó a mí.

—No, nunca tuve intención de matarle, pero no podía permitir que me viera llevarme la fotografía.

—¿Por qué era tan importante para usted? La foto estaba trucada, usted lo sabía. La niña jamás tuvo trato carnal con Bertín.

—Es verdad, pero el señor Osborne tenía razón. La sociedad es cruel. ¿Sabe el daño que esa fotografía podría llegar a hacer a una adolescente sensible como mi nieta si por casualidad caía en malas manos?

Lo sabía, pero me limité a preguntar:

—¿Qué hizo con la foto?

—La destruí.

—¿También destruyó los diez mil del intercambio?

—No, los tengo conmigo —dijo La Rosa, palpándose el bolsillo interior de su americana y sacando un sobre que deslizó sobre la mesa—. No cogí el dinero para quedármelo, sino para gastarlo todo en mi nieta. Es una niña maravillosa y dentro de poco es su cumpleaños. Quiero comprarle un pony, ¿sabe?

—No me lo trago. ¿Qué hay de mi pistola?

—Oh, su pistola también está aquí —dijo, y antes de que pudiera hacer nada había metido y sacado la mano del bolsillo, y mi querida Duty apareció en ella, como una extensión de su propio brazo.

Suspiré. Había sido un completo idiota al presentarme allí desarmado. Miré sus ojos y me pregunté si sería capaz de razonar con él, pero aferraba mi cacharra en un puño muy firme, y los ojos que se veían tras ella parecían muy poco razonables.

De todas formas dije:

—Esa es mi pistola, señor La Rosa. Si no le importa, me gustaría mucho que me la devolviera.

—Lo siento mucho, señor Folgado. Usted me cae bien, vio mi combate contra Taylor en el 95, pero si se la devuelvo la usará para detenerme, y entonces se sabrá lo de la fotografía. A mí no me importa ir a la cárcel, pero no puedo correr el riesgo de exponer a mi nieta a un escarnio público.

—Entonces dejemos a la niña fuera de esto —ofrecí, negociado por mi vida —. Entréguese e invente alguna historia. Finja locura y alegue que odiaba a Silvestre por putear a su hija o por ser un actor pésimo, lo que usted prefiera. Si quiere puedo ayudarle a preparar la historia, tengo bastante imaginación.

—De verdad que lo siento, no es nada personal —dijo, orientando la pistola en mi dirección—. Solo trato de proteger la inocencia de mi nieta...

—Eh, espere un segundo, joder —dije a la desesperada, moviéndome lentamente—. Se va a meter en muchos problemas si me mata. Además, ¿sabe el ruido que hace ese cacharro?

Pero La Rosa no escuchaba ya. Vi cómo su dedo se enroscaba lentamente alrededor del gatillo y supe que estaba perdido, porque a esa distancia, ni siquiera un bizco fallaría el tiro.

Entonces percibí un ruido. Era dentro de la casa, pero muy lejano, y vi alguna cosa que se movía rápida —pero silenciosamente— en las sombras, al fondo del salón. Se trataba de un hombre que se acercaba por la espalda de La Rosa agarrando fuertemente con las manos una silla de madera. Era Bertín Osborne, desnudo salvo por una toallita enrollada en la cintura. Salté a un lado al mismo tiempo que el grandullón disparaba y una bala me rozaba la cabeza, silbando. Me volví para contemplar cómo la silla que sujetaba Bertín se rompía violentamente en la espalda del boxeador, quien besó la lona. Mi pistola salió volando y el boxeador trató de levantarse, pero Bertín volvió a golpearlo con lo que quedaba de la silla, esta vez en la cabeza. Sonó como si se hubiera esclafado un huevo y a renglón seguido La Rosa se derrumbó como un montón de ladrillos.

—Por favor, Cecilio, quédate en el suelo —dijo el presentador—. Te juro que no disfruto arreándote.

Bertín recogió la Duty y se acercó a mi lado para interesarse por mí. Me entregó el arma, la agarré y apunté a La Rosa, que luchaba por reincorporarse.

—No se mueva, coño —le advertí.

—Será mejor que obedezcas —dijo el presentador. Luego, dirigiéndose a mí, añadió—: Escuché toda la historia. Jamás hubiera imaginado que Silvestre estuviera detrás del chantaje. También puedo entender por qué Cecilio hizo lo que hizo. Creo que yo hubiera actuado igual.

—Bertín —dije—, escuchaste el trato que le ofrecí a La Rosa, ¿cierto?

—Así es.

—¿Hay algún inconveniente en que siga abierto?

El boxeador miró a Bertín, casi suplicante.

—Ninguno —contestó el presentador—. De hecho, es más que necesario.

Desde el principio he tratado de evitar que se manche mi buen nombre con un escándalo sexual. —Agarró el sobre que La Rosa había dejado sobre la mesa, lo abrió y extrajo unos cuantos billetes verdes—. Quédese con esto y arréglese la ventana —me dijo, estrechándose la mano—. No cabe duda de que se lo ha ganado.

Agarré la pasta y me la guardé en el bolsillo. Mientras, Bertín tomó el teléfono para llamar a Jefatura. Sugerí que preguntase por el subinspector Delgado, que tenía el cerebro de un piojo, y no por Alapont, que era el tipo de poli metódico, lento pero incansable, que sencillamente interrogaría a todos los que habían tenido relación con La Rosa, uno por uno, considerando sospechosos a todos, hasta dar con la verdad.

La persona que atendió la llamada debió preguntar quién llamaba porque Bertín dijo:

—Soy Bertín Osborne, cantante y presentador.

Dejamos que La Rosa llamara a su hija para que dispusiera de un buen abogado que se encontrara con él en Jefatura. Mientras, Bertín se sirvió una copa de coñac, y otra para el boxeador, que la aceptó. Yo decliné la invitación, salí al jardín con aire triunfal y me encajé un cigarrillo en un costado de la boca. Por una vez tenía pasta en el bolsillo y no cabía lamentar heridas de gravedad.

Solo faltaba un saxofonista para ponerle música a la noche.

Pau Hernández nace en Valencia en 1978 y cursa estudios en el Gremio Patronal de Joyeros. Es probablemente su relación con el mundo del oro y los diamantes lo que le lleva a tramar primero y a perpetrar después sus primeras historias de corte criminal, algunas de las cuales resultan premiadas de forma completamente legal, como *La cita de Laura*, Primer Premio Expresa Relatos, *El hombre más fuerte del mundo*, Primer Premio Mimosa: Homenaje a la Novela Negra, o *Gordo*, Segundo Premio del II Concurso de Relato Negro

Fiat Lux. Obsesionado con el género negro, inicia entonces una serie de relatos protagonizados por el detective privado Vicente Folgado, y publicados en revistas como Calibre .38 o Moonmagazine. Cegado por el éxito de estos relatos, amenaza con reincidir en el personaje, tras lo cual escribe *Sobrevivo, que no es poco*, su primera novela, de la que se declara único culpable.